



DIRECTORA

La Serenísima Sra. D.^a María de la Paz de Borbón de Baviera
INFANTA DE ESPAÑA

Núm. 77

Salamanca 15 de Mayo de 1912

Año VII

DE MI VIDA

IMPRESIONES



HACE poco recibía mi hija una carta de su hermano Adalberto. Había ido a pasar la licencia de Pascua a España, y le contaba que, paseándose una mañana a orillas del Manzanares y contemplando las montañas nevadas del Guadarrama iluminadas por el sol, había oído el siguiente diálogo entre dos pobres. El uno era un muchacho de ojazos negros, vestido de harapos, con las alpargatas rotas. Había cogido una mariposa, que en vano forcejeaba por escapar de entre sus dedos sucios. El otro—algo mayor—con la boina sobre los ojos, lo vió y gritó furioso: déjala, también tiene derecho a vivir.

—«Y de morir», contestó el pequeño, echándole una mirada terrible.

—«Asesino», exclamó el grande.—«¿Por qué?», preguntó el pequeño.—«Porque no se puede defender...»

Siguió un momento de gran silencio y ya la rabia del pequeño se fué convirtiendo en tristeza. Miraba las mariposas que revoloteaban alrededor... quiso coger más y no pudo porque la conciencia, repitiéndole el grito de *asesino*, ató sus manos.

«Yo creo»—añadía Adalberto—«que este chico no olvidará en la vida la lección de su compañero, y habrá de aprovecharle más, por la impresión que le hizo, que todos los consejos de los mejores pedagogos del mundo».

No hay que olvidar que es ésta una correspondencia entre un teniente de artillería y su hermana de veinte años; y se comprenderá fácilmente la alegría que yo tuve al leer la carta. Yo no he aspirado nunca a que mis hijos entendiesen el lenguaje de los pájaros como Sicafried en la leyenda de los Nibelungos; pero sí a que pongan atento oído a todas las delicadezas del pueblo español.

Por eso me he alegrado tanto ver realizado en mi vejez el sueño de toda mi vida. ¡Tener un pedazo de tierra española...! El amor al campo es lo más sano para el alma. La tierra es la madre común de todos; y en el campo se sienten los hombres más hermanos. Allí irán mis hijos y mis nietos a respirar aire puro y tener calma y tranquilidad; porque aunque mis tierras no están muy lejos de Madrid, están fuera del ruido del mundo. De Munich están más lejos; pero no hay que temer en mí que me deje ganar del absentismo; hace treinta años que salí de España y siempre estoy allí.

¿Que dónde están mis tierras?

En un lugar de la Mancha...

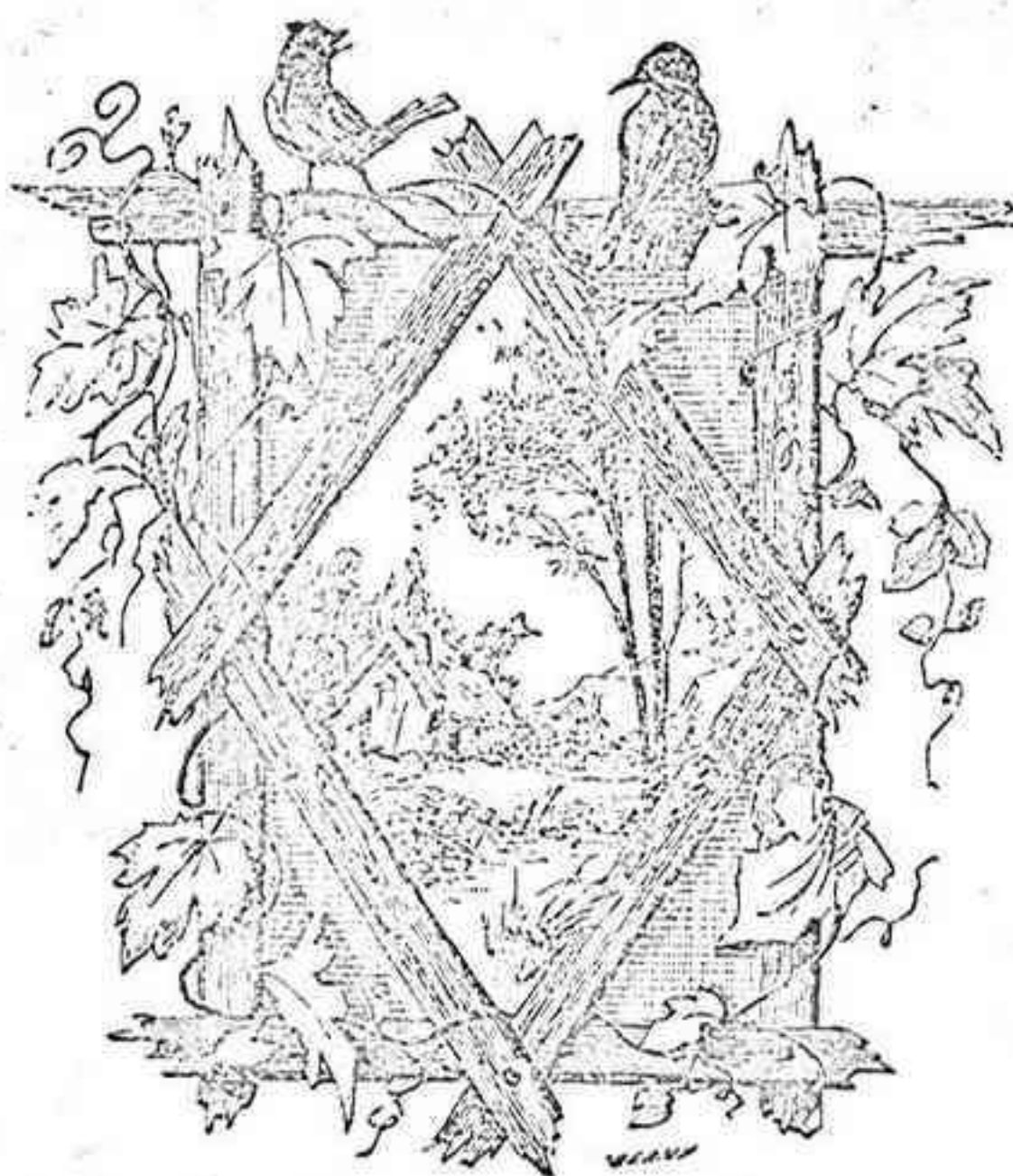
Según el Marqués de Molins, «tienen derecho a llamarse manchegas las que, según la actual geografía, nacieron en los partidos judiciales de Ocaña, Madrudejos, Sillo y Quintanar, de la provincia de Toledo; las que vieron la luz en los términos de Belmonte y San Clemente de la de Cuenca; y las que en mi tierra albacetana recibieron las aguas bautismales en los llanos de Roda o en las colinas de Alcaraz (1).

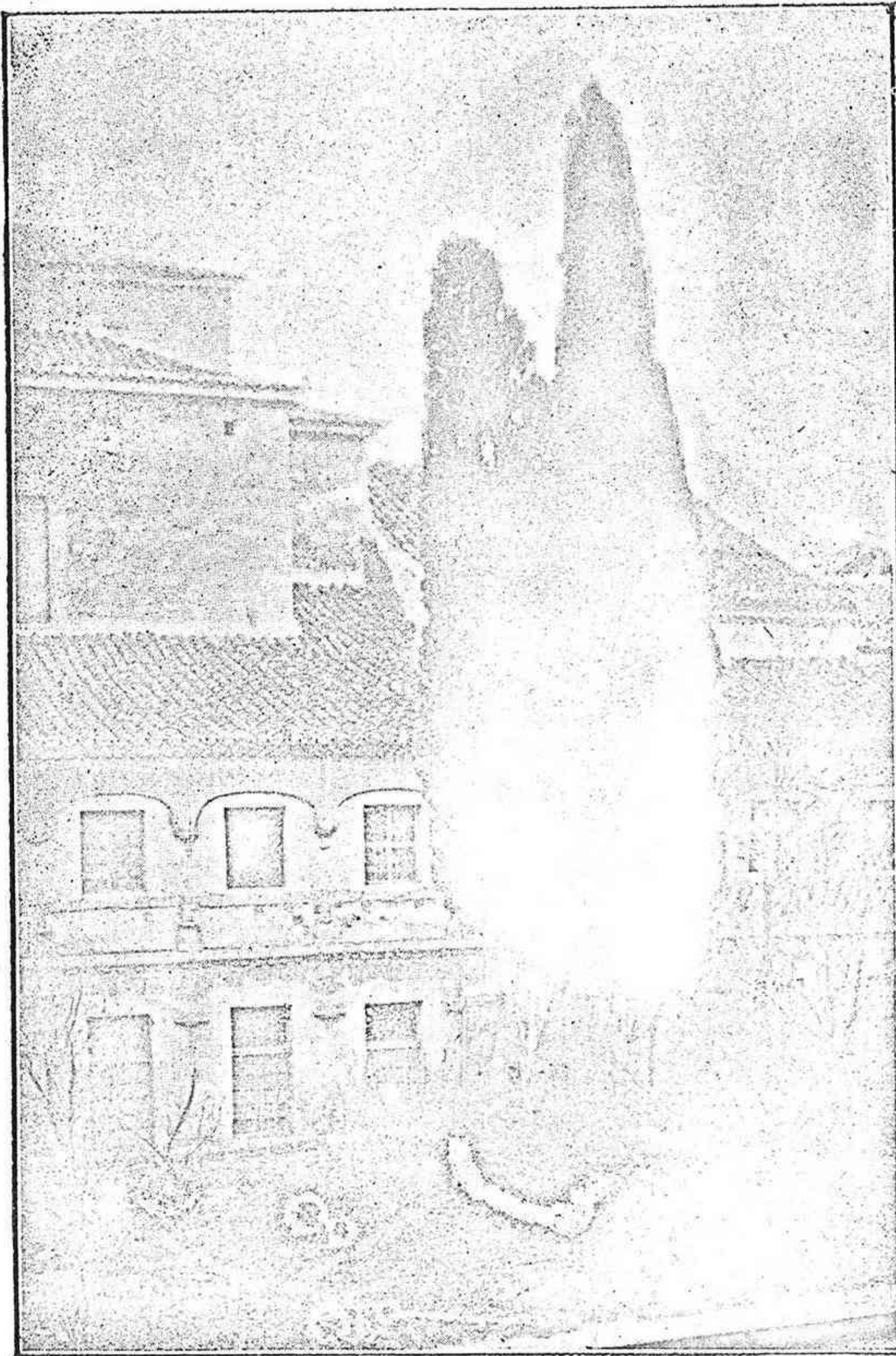
Y yo también, después de haber luchado con molinos de viento,

(1) La Manchega, cap. I.

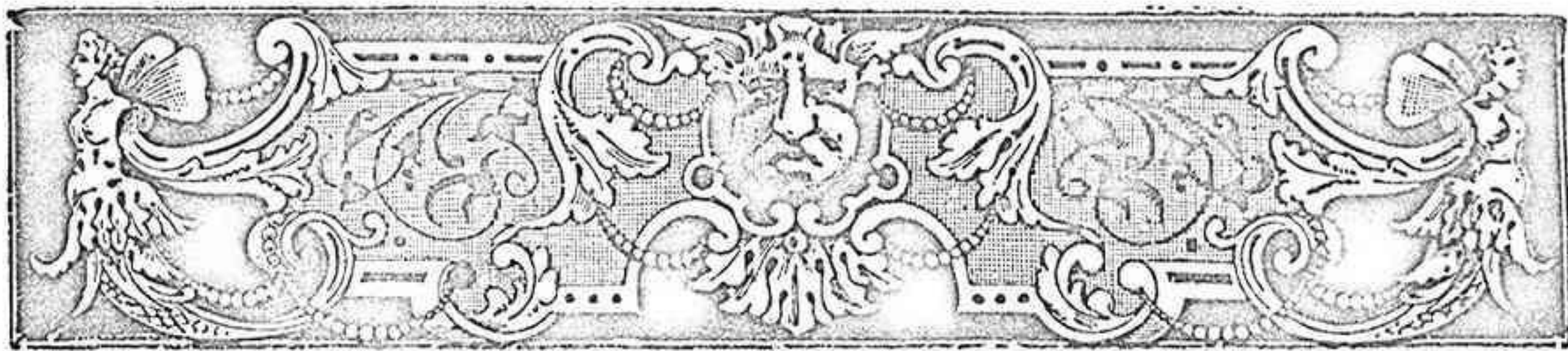
vuelvo a mi aldea como aquel Alonso Quijano el Bueno que se llamó D. Quijote, y digo con él: «tened por cierto que ahora sea caballero andante o pastor por andar, no dejaré siempre de acudir a lo que hubiéredes menester como lo veréis por la obra».

PAZ.





Cipreses plantados por Santa Teresa en el convento de la Encarnación de Avila



DE NÚMERO A NÚMERO

MIRANDO A ESPAÑA



UN faltando a la exactitud, en lo que al título de la presente sección hace referencia, han de permitir los lectores, si alguno tuviera el cronista, que mire por una vez fuera de España y que les pida una oración y un recuerdo para los héroes que, a costa de su vida, y honrándola con un morir hermoso y cristiano, conquistaron la admiración del mundo entero, que recibió su lección, y con ella una ráfaga consoladora por lo que fué y representa.

El Titanic, la más grandiosa obra naval de los hombres, avanza arrogante, por el mar solitario y tranquilo, y parece desafiar a los elementos con su enorme poder y múltiples elementos, conquistas de la ciencia. Sus pasajeros y tripulantes cuéntanse seguros, con plena seguridad, y la idea del naufragio antójaseles ridícula por imposible.

De pronto, a la media noche, suena un chasquido lúgubre, producido por el choque contra el coloso de un banco de hielo, y la ciudad flotante comienza a hundirse lentamente, en una agonía grandiosa.

La codicia de los armadores del buque ha hecho que sólo haya medios de salvación para una mínima parte de pasajeros y tripulantes; y la muerte, implacable, cuenta sus víctimas entre cuantos no puedan embarcar en los botes.

Y aquí comienza el heroísmo.

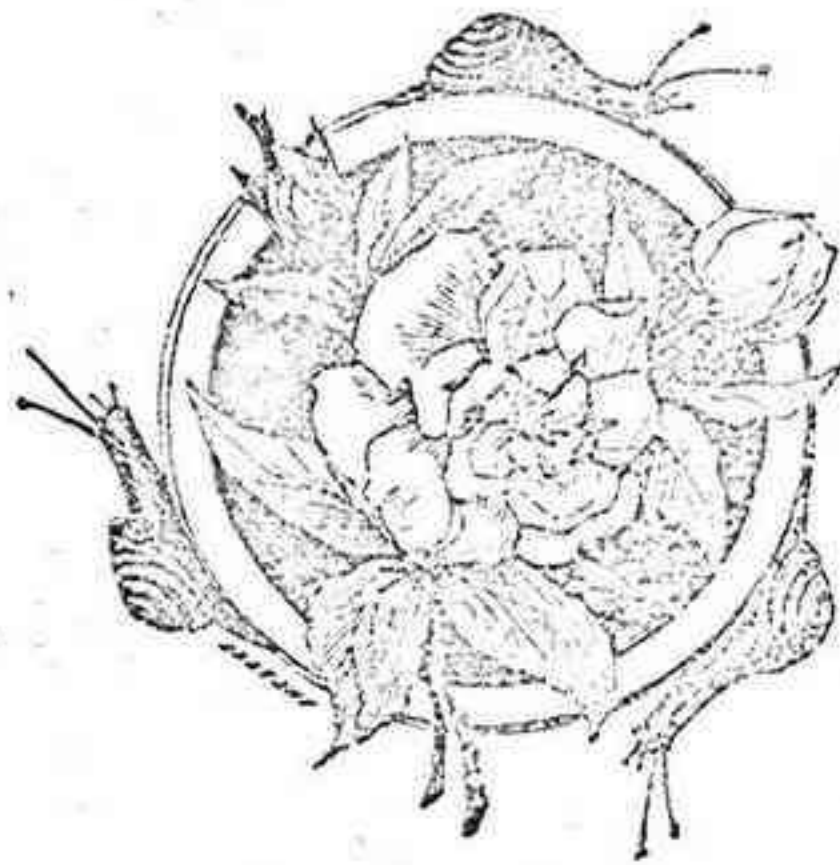
Los hombres tienen la fuerza, pueden sacrificar a las mujeres y

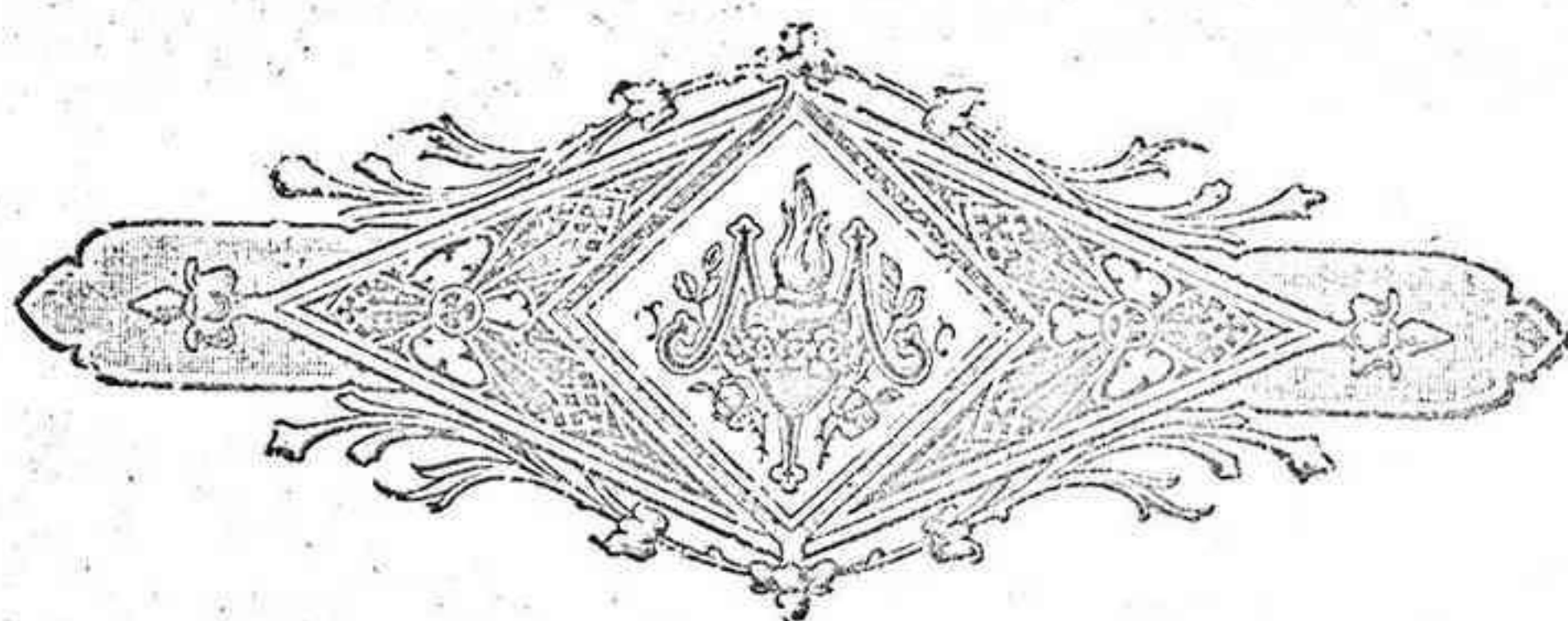
a los niños con ellos embarcados; contemplan la vida de un lado y el deber de otro y aceptan éste, sacrificando aquélla, por cumplir la cristiana ley del mar, que manda sean salvados antes los más débiles.

Y no hay una protesta. Desde el telegrafista mártir, que muere en su aparato para impetrar auxilios para los náufragos, hasta los músicos, que pasan a la eternidad cantando un himno a Dios, todos los hombres del Titanic cumplen con su deber y dan a la humanidad un alto ejemplo que imitar y una lección que lleva la mejor elocuencia, la del sacrificio completo y consciente.

Sirvan estas líneas de pobre corona para las tumbas de los mártires, y recordando que fué su última oración el Padre nuestro, recordemos uno por los que supieron honrar a la humanidad con la dejación voluntaria de sus vidas.

F. de LAZCANO.





PAZ Y PORVENIR

Obreros y patronos, como hermanos,
a las montañas del amor trepad;
y en las cumbres, asidos de las manos,
el himno hermoso de la unión cantad.

Caiga a sus ecos la muralla oscura
que se alzara en los campos del rencor,
y flote en otra atmósfera más pura
el iris de la paz y del amor.

Como las aves que, al alzar su vuelo,
todas se bañan en la misma luz,
altos y bajos, de la tierra al cielo,
todos se abrazan a la misma cruz.

Es el Trabajo timonel que guía
la nave de la humana Sociedad,
el viento que la impele es la Armonía
y es el puerto la hermosa Caridad.

A sus riberas volarán las almas,
y sus campos serenos de zafir
cruzando alegres alzarán sus palmas
los hijos de la paz y el porvenir.

«Obreros y patronos, como hermanos,
a las montañas del amor trepad,
y en las cumbres, asidos de las manos,
el himno hermoso de la unión cantad».

Pedro GOBERNADO.



TIERRAS DE LA SANTA

III

«EL SANTO»

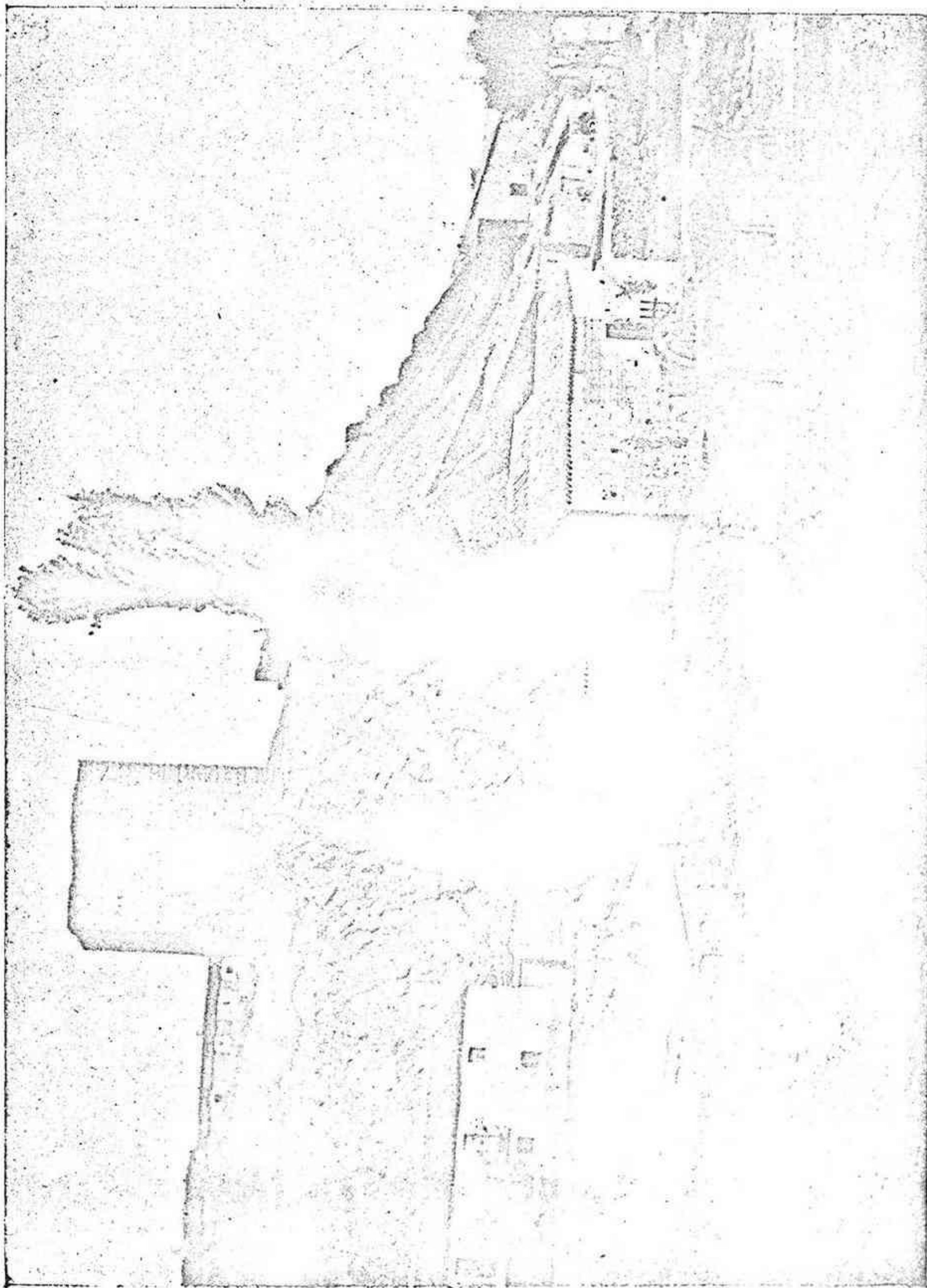


ESPUNTABA apenas el alba, cuando, encapotado en la fuerte manta, subo al rucio matalón del médico. Lluève. Las herraduras nuevas del caballote, al machacar los chinarrros de la calle, levantan chispas a su paso. La campana de las Carmelitas tañe sonoramente. La diligencia, tropezándose como un beodo, suena su herraje roto, camino de la estación. Y todas las campanas de la vieja villa, saludando el bronce carmelitano, prorrumpen en alegre algarabía: primero, la campana de San Pedro, doctoral y grave; la de San Juan después, sonora y viril; la de los Padres la última. Las cosas van recobrando sus contornos, y se disipa, poco a poco, la tinta azul del telón mañanero.

En la puerta del río, junto al Tormes, a los pies de la torre del Homenaje de los Duques va un labriego en su carro. Curte su rostro el frío. Con la aijada en lo alto, el hombre va cantando con voz gangosa:

«Esquilones de plata,
Bueyes rumbones:
¡Estas sí que son prendas
De labradores!»

Mi amigo y yo llevamos al paso los jamelgos. Salimos de la villa. La cinta de plata del claro río que cantara Garcilaso, remata a lo lejos, cabe las nevadas montañas de Béjar. El río defiende su curso en semicírculo. Murmura lentamente su canción de quietud.



Atalaya del castillo ducal y molino a orillas del Tormes

El pueblo pizarroso, «alto de torres, pero de muros bajo», se agazapa, a la sombra del castillo grietoso. Unos chopos aguantan a pie firme la helada: del castillo son guardianes celosos y seculares. Entramos en la dehesa comunal. Las ruinas del convento de San Leonardo, vistas a la madrugada, son de un singular hechizo. Una cabra muerde la hierba en lo que fué coro de la iglesia. Junto al espléndido patio gótico, tendido en una manta, reposa un gañán: su cabeza descansa en un saco de paja, que sostiene un medallón que cayó a tierra, desprendiéndose del hueco. Y seguimos nuestra caminata. Las cuestas de Galiana esconden ya la villa: estamos en llanura parda, ante los surcos infinitos y quebrados. Un puebluco de adobes se ampara al calorcillo de un monte: Navales. Nuestros caballos trotan escandalosamente en las ruas del lugarejo. Y tornamos a salir a la llanura. Ni un regato, ni un árbol. En estas veredas, holladas en sus peregrinaciones por Teresa de Jesús; en estos vericuetos, donde escondieron su vergüenza los franceses, después de las derrotas de Arapiles y de Garci-Hernández; en estos rincones, que cantó el anónimo juglar del *Romancero*, con las andanzas de Bernardo el del Carpio y del Moro el del Arapil, la tierra parda adopta un ceño adusto, hosco, casi trágico. Se nos antoja que asoma la testa el Cid, montado en *Babieca*, junto al leal obispo don Jerónimo, o que aparece en la cuesta Don Quijote, caballero en *Rocinante*, a la vera del burro respingón y nervioso del buen Sancho.

Mas todo es un efecto de espejismo. En dirección opuesta a la nuestra vienen un cura alto y el albéitar del lugar, panzudo y socarrón, que marchan a Alba a yantar, que un misacantano celebra su misa nueva. Detenemos las cabalgaduras. Temblando de frío, cambiamos el socorrido cigarrillo.

—¿Conque a Valdecarros?

—Sí; a Valdecarros—respondemos.

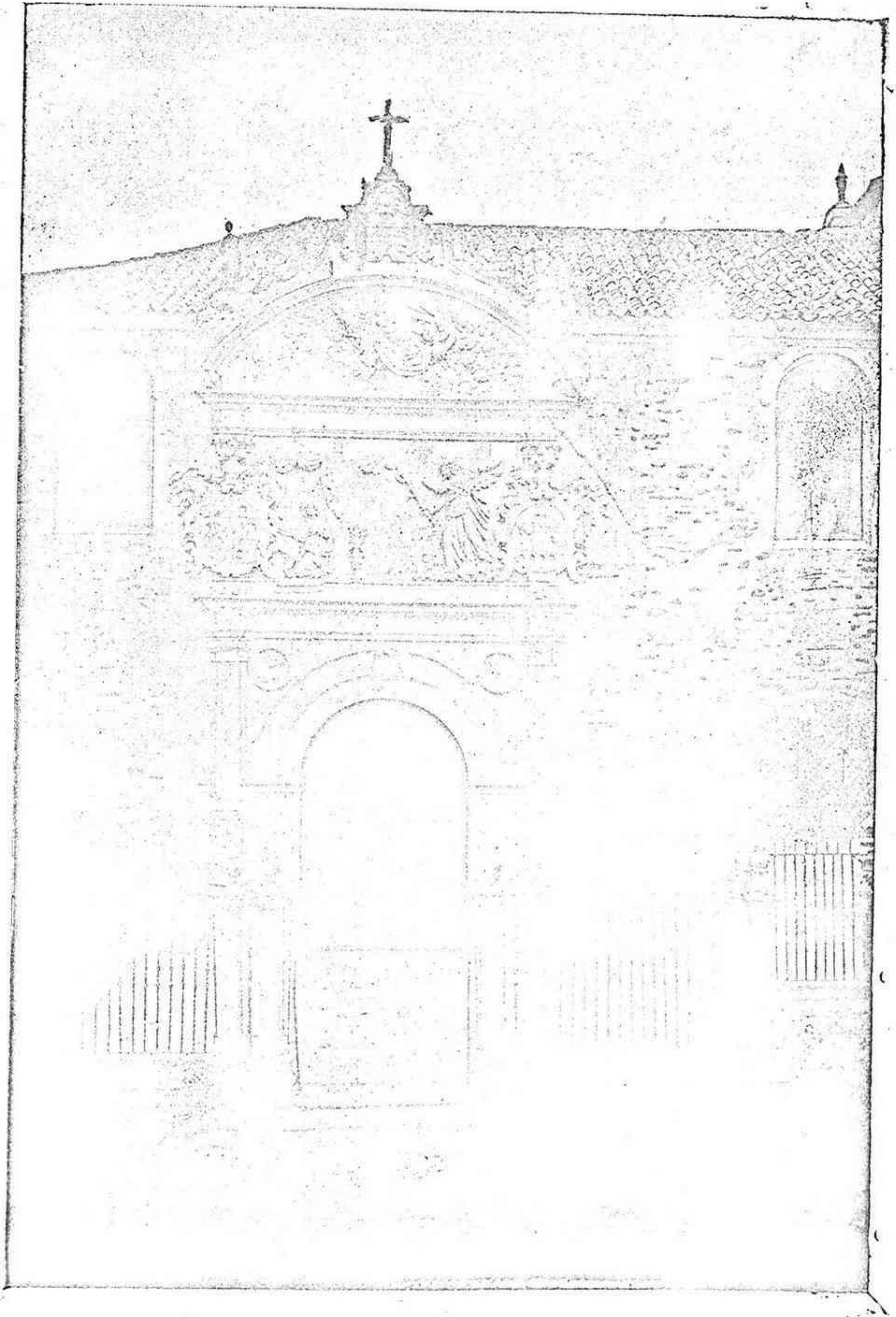
—¿Y está el Santo?—pregunto al presbítero.

—Sí; allá dejé al tío Roque. ¡Cuidado con preguntarle nada!, ¿eh? Si husmea que usted va con malos fines para sacarle en los papeles, su boca se cierra a cal y canto.

Y luego, en una exclamación suelta, donde hay sus posos de picardía y sus migajas de compasión, añade con voz sonora:

—¡Estos literatos...!

Nos despedimos. Cuestas y más cuestas. Desgarra el sol la neblina. Cuando queremos gozarle, nos empotramos en un barranco. Resbala mi caballejo y se repone con presteza. En lontananza, Valdecarros.



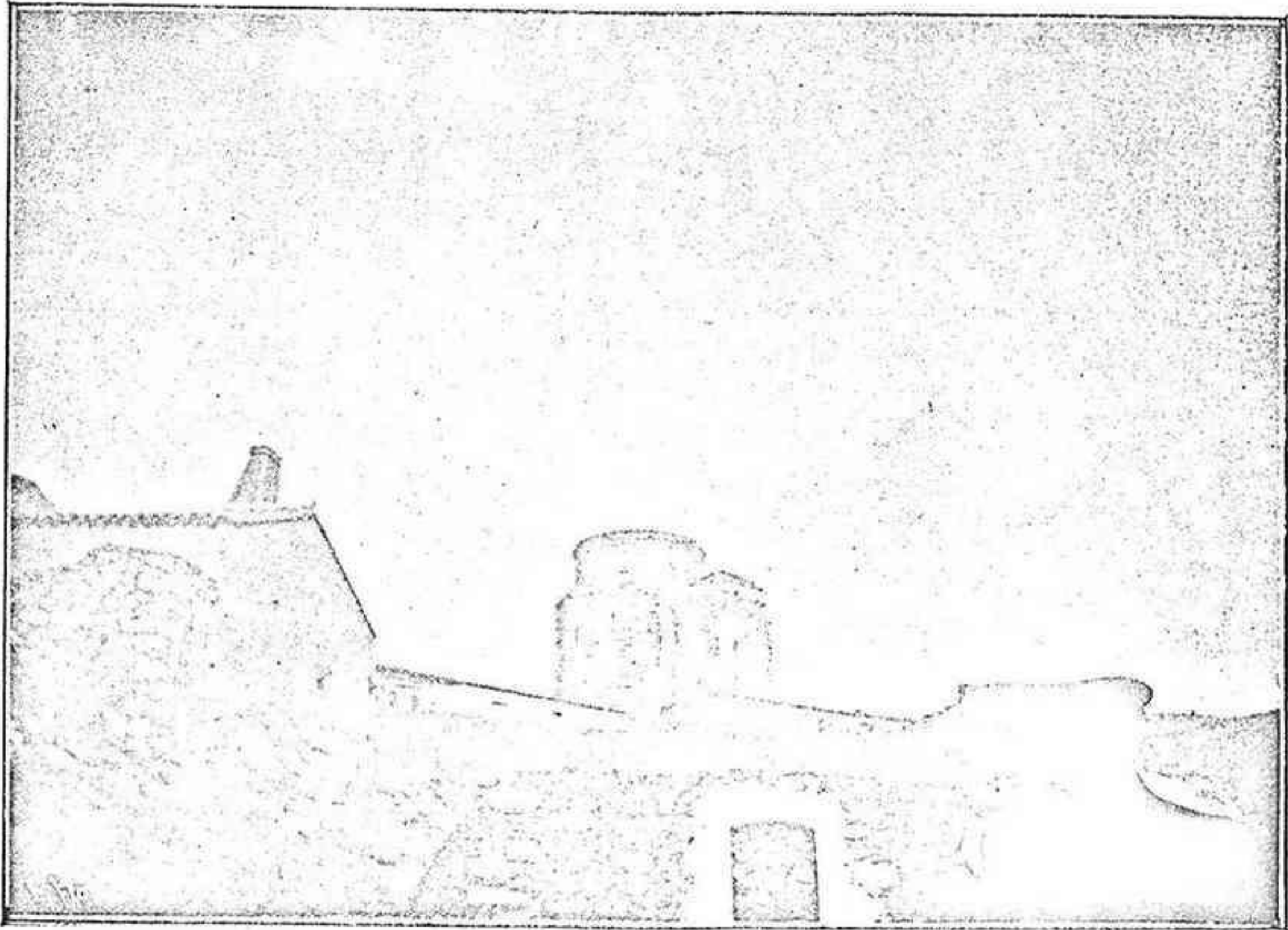
Fachada del convento de MM. Carmelitas

Es un pueblo como todos los pueblos de Castilla. Más pelado, más seco, más árido que todos juntos. Descubrimos sus casucas, las tenadas de los corrales, los portalones enjabelgados. Las casas de los primates están pintarrajeadas de colores vivos y chillones. La iglesia inicia una plazoleta castiza. Forman un lienzo la casa rectoral y la mansión de un pudiente, y los portales de la alhóndiga el lienzo opuesto.

Nos esperan junto a la iglesia. Asistimos a la toma de posesión de un médico. Casi procesionalmente, de un modo formal y grave, marchamos con la comitiva al Concejo. Se celebra sesión inaugural. Léese el acta de la anterior. Los forasteros nos calentamos al brasero de la comunidad. Nos ofrecen pitillos de las enormes petacas. El teniente luce flamantes botones de oro en la rizada pechera; el alcalde viste impecable chaquetilla de terciopelo; un pavelo flamante el secretario. Cambiadas las firmas entre el titular y el Concejo, salimos después, con cierto orden de jerarquía, a casa del alcalde, de corrobla.

Desfilan los notables. Y llega el tío Roque, *el Santo* del pueblo, escuálido, flacucho, alto como ajada de picar bueyes, grave como héroe de Calderón que anduviese en litigio con la buena fama, espiritual como aquel *San Francisco* del Greco, en que la amplitud de la túnica deja adivinar la flaqueza y flojedad de la carne, que apenas palpita debajo. Viste de charro *el Santo*; el sombrero, cónico, juega con timidiz entre sus dedos huesosos y largos; como Luis Gonzaga, cierra los ojos avergonzado; los botones del cuadrado chaleco, que antes fueran centenes y medias onzas, son hoy rodajas de hoja de lata; de estameña basta es el paño de la vestimenta; las medias, de grueso algodón, deben de picarle la piel, amarilla y flaca. El buen Roque es la admiración del pueblo. De mozo rondó como todos, cantó en las verbenas, amó a la lumbre de los escaños, repicó con los nudillos de los dedos la puerta amiga, puso flores silvestres, con olor de tomillo y mejorana, en el ventanuco de la moza garrida. Pero Roque era de la madera de los místicos. En la alacena de la cocina tenía la vieja *Biblia* de los abuelos, el *Quijote*, el *Año Cristiano*, el *Kempis*, de los abuelos también. Picó en letrado y se dió a la lectura con fervor. Acaso el monje benedictino abrió los ventanales de su espíritu, encarándole con el cielo, con este cielo que él ve todos los días platicando con la llanura en toda su infinitud; acaso los desengaños del ardiente sultán asiático quebraron los propios sueños; tal vez aquel retorno de las mujeres que a la salida del pueblo del Toboso inspiraron sensatas consideraciones al

socarrón de Sancho, le llevaron a sospechar que las Dulcineas no son más que parto de la fantasía de los andantes caballeros. Lo que fuera, Roque lo sabe y yo lo sospecho. ¿Amores desgraciados? Tal vez. Sólo la desventura es fecunda para el ánimo fuerte y manantial de prudencia. ¿Anhelo de gloria? Acaso. Márchase el placer cuando se busca; torpe cosa es el deleite una vez satisfecho. Solamente la gloria llena el corazón donde no se incubaba la ruindad. Ello es que Roque dejó la reja por la confesión, la novia por el padre de



El castillo de Alba de Tormes

almas, el palique del serano por el áspero examen de conciencia. «Si quieres seguirme—leyó en el Evangelio, Roque,—deja tus riquezas y toma mi cruz».

Y tomó la cruz del Señor, Roque. Heredó de sus padres seis mil duros. Repartiólos en limosnas calladas y secretas. De amo pasó a criado de labranza. En su rostro hay siempre una chispa de alegría, de equilibrio, de serenidad. Recientemente, por cuenta del Concejo, que le daba peseta y media diaria, limpiaba una charca del lugarejo, con los pies en el agua todo el día. Y recuesta su cabeza no en blanda almohada, sino en dura piedra. Y deja los romances de los ciegos y los papeles de la ciudad, por los versillos del Evangelio y las aserciones del *Kempis*. Y como buen *Santo*, fiero enemigo

del pecado, es blando y tolerante para los pecadores. Como San Francisco, desea el tío Roque que nos inunde la tierra en un baño de piedad y de amor.

Invitan al tío Roque a la corrobla y le ofrecen vinillo nuevo alegre de la cosecha nueva; niégase el tío Roque. Le ofrezco un cigarrillo, y tampoco acepta. Quiero que hablemos de él, y rehusa el tema. Su anhelo es pasar inadvertido, no ser blanco de las miradas de las gentes.

—Tío Roque—le pregunto,—¿por qué dió usted su dinero a los pobres?

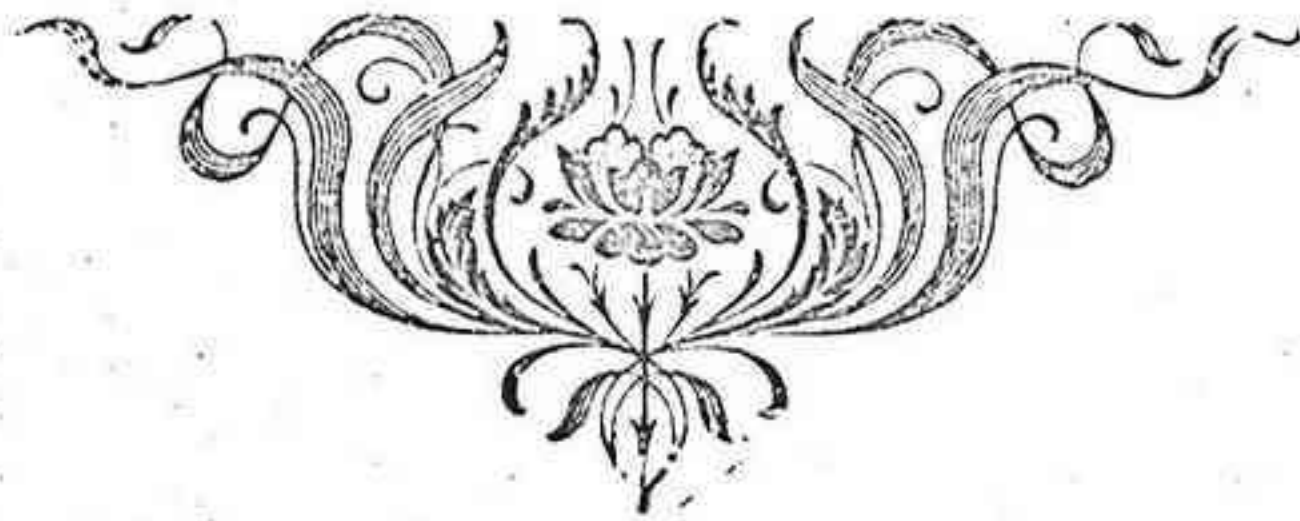
Sencillamente, como quien refiere un incidente vulgar, replica el tío Roque, a la puerta de la casa del alcalde, despidiéndome:

—¡Porque Dios lo manda!

Y esquivándose, añade:

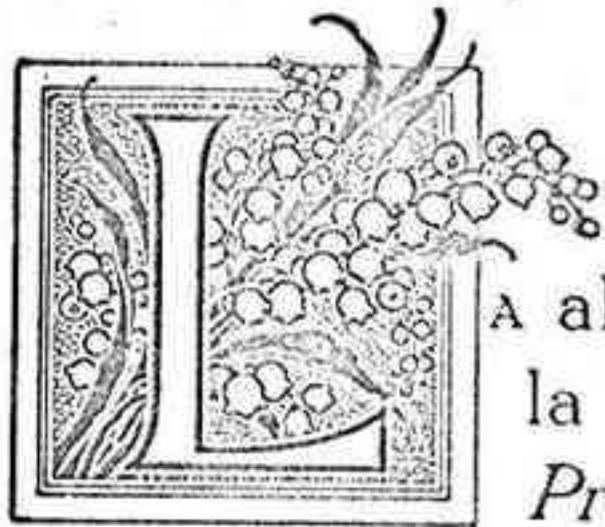
—Y salude a su padre. Ya sabe donde tiene un amigo y una casa, con fina voluntad.

José SÁNCHEZ ROJAS.





LA MUJER BÍBLICA



La alabanza más hermosa que de la mujer se conoce en la literatura universal se encuentra en el libro de los *Proverbios* (31, 10-31). «¿Dónde está la mujer fuerte? Su valor es superior al de las perlas».

El ideal eterno y acabado de la mujer en esta canción bíblica que viene a ser su Evangelio, es el vivir la vida sana del espíritu y sembrar y recoger sus bienes imperecederos en frente de los efímeros y deleznable que persigue el actual movimiento feminista.

Fenelón, en su libro *L'éducation des filles*, que anuncia una nueva era en la historia de la cultura de la mujer, llama la atención acerca de la importancia pedagógica de *La Biblia* y entona un grandioso himno al sagrado libro que debiera estar escrito en letras de oro a la puerta de nuestros hogares.

¿Quién fué el divinamente inspirado cantor que arrancó al harpa tan sublime canto a la mujer?

¿Quién era la mujer cuyas alabanzas cantaba?

Ni el nombre, ni el país, ni el siglo en que vivió se mencionan en la canción. Y, sin embargo, esta figura debe tener una verdad histórica muy lejos de confundirse con las alegorías poéticas de la esposa del *Cantar de los Cantares*. La pintura del cuadro de un tan asombroso verismo y de rasgos tan personales, tan detallados y tan llenos de color y de vida, manifiestan bien a las claras que el modelo está arrancado de la realidad.

En el mismo cap. (31, 2-9) de los *Proverbios* se lee otro cántico que relata las enseñanzas de una madre de estirpe real a su hijo.

La «mujer fuerte», cuyas alabanzas a renglón seguido con tanto

entusiasmo se pregonan, no puede ser otra que la Reina madre antes citada, y el divinamente inspirado cantor habrá de ser el Rey Samuel, cuya residencia y la época en que reinó tampoco se citan.

Todo el capítulo responde admirablemente al título que lo encabeza: «Palabras de Samuel el Rey». Los primeros versículos (2-9) rezan el testamento pedagógico de la Reina madre a su hijo; y los siguientes (10-31) cantan las alabanzas póstumas del hijo a la Reina madre. Un cantar de la Reina y un canto a la Reina. En *La Biblia*, lo mismo que en todo género de poesía hebrea, sus personajes cantan y son cantados, sirven de sujeto y objeto alternativamente. La primera lamentación, por ejemplo, llora sobre Sión personificada en una viuda (Lam. I, 1-II) y nos hace oír el propio llanto de Sión (12-22).

El primer personaje, por lo tanto, es una reina cuya memoria ha sido conservada por un monumento literario de piedad. Acerca de la factura tan peculiar de este canto, conviene notar que tiene tantos versos como letras tiene el alfabeto hebreo; y que además los 22 versos en el texto original empiezan con la letra que corresponde al alfabeto hebreo. Este canto, pues, lo mismo que las lamentaciones, forma parte de las 15 poesías bíblicas conocidas con el nombre de alfabéticas; y debido, además, a este alfabetismo, en la técnica de su construcción se le conoce y llama «el alfabeto de oro de la alabanza de la mujer».

Este libro debieran aprenderlo como el A B C y practicarlo desde la A hasta Z las mujeres todas que creen en *La Biblia*.

En la traducción se pierde la serie alfabética del original.

La necesidad de comenzar los versículos con una letra determinada, parece como que debiera cortar el vuelo a los pensamientos. Sin embargo, en este canto no anda el motivo tan atado a la letra como ocurre en otras canciones alfabéticas, en las cuales ordinariamente se pierde el hilo de la narración. Y aun con todo se advierten de vez en cuando ciertos saltos y rellenos que han surgido indudablemente de la esclavitud que impone el alfabetismo.

Cinco rasgos importantes marcan el carácter de la madre de Samuel. Amor a la familia (10-12-23-28), alegría en el trabajo (13-19 22-24-25), caridad cristiana con sus servidores y con los pobres (13 20-21-27), instrucción (26) y temor de Dios (29-30). «Una mujer fuerte» es el título enérgico que encabeza y señala el tema de este canto. La expresión hebrea (escheth chajil) significa la valiente, la buena, la fuerte y verdadera mujer, la mujer ideal llena de carácter: si estas palabras no fuesen tan poco hebreas.

El primer ideal de la mujer fuerte, en el sentido que pide la Sagrada Escritura, es el amor a la familia.

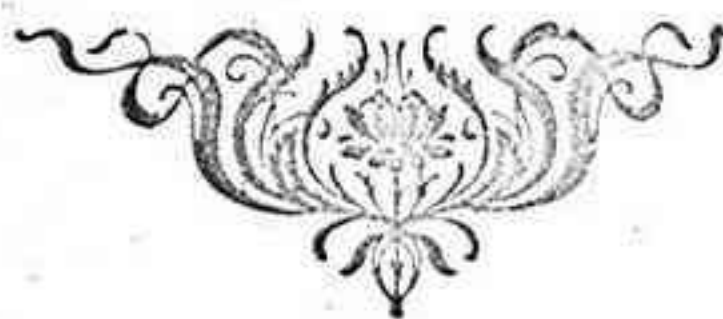
En la casera labor, en el hogar, tierra bendita de promisión, es donde la mujer podrá desarrollar con más provecho las dotes especiales, con las cuales la adornó el Creador. Corre hoy como cierta e incuestionable la opinión casi general de que todas las mujeres antiguas del Oriente fueron siempre esclavas. En este canto, sin embargo, aparece rodeada del aparato y esplendor de una reina que gobierna su casa y en ella ocupa puesto de honor y confianza.

«Su marido puede confiar en ella». Haciéndola ama de sus llaves, adquiere, administra y negocia dineros. «No le faltan ganancias». Sobre los negocios materiales que ella aumenta están los espirituales que ella ambiciona para su familia. Se desvela como esposa por alejar y evitar malos ratos y disgustos a su marido: «le hace bien y ningún daño durante toda su vida». Después se dice que ella obliga a las otras gentes a que honren y ensalcen el nombre de su marido. En tener tal esposa y tal madre ponen todo su orgullo el marido y los hijos.

Su marido recibe honores en su misma puerta al celebrar las juntas con los consejeros del reino (23). «Sus hijos se levantan y la vitorean y su marido le tributa alabanzas» (28). La madre de los Gracos, la noble Cornelia, llama a sus hijos su tesoro y sus piedras preciosas y en nuestro caso son los hijos los que llaman a su madre «la perla de la casa». Su valor es superior al de las perlas».

DR. MICHAEL TAULHABER,

Obispo de Spira.





MARÍA Y ESPAÑA

En un peñón de Asturias bravo y gigante,
Como blasón de España, marcial y erguido,
Porque fuera contigo más arrogante
Tú ¡Paloma del cielo! pusiste el nido.

En la gruta grandiosa de aquella peña,
La patria embravecida rompió su yugo,
Y unos cuantos astures de faz roqueña
Destrozaron la frente de su verdugo.

Los moros se mataban con sus flechazos;
¡No hay poder que a tu fuerza su furia oponga
Si tú, como baluarte, tiendes tus brazos!
¡Salve, Virgen guerrera de Covadonga!

Donde Asturias venciera con santo encono,
Un trono de peñascos te puso España;
Siendo para su Virgen ¿qué menos trono
que un peñón gigantesco de una montaña?

¡Tú eres siempre española!; lo sabe un río
Que en Aragón su limpio raudal dilata,
Y rezando venera tu poderío,
Y te ciñe un roberizo laurel de plata;

Que aún resuena en sus claras ondas corrientes,
Aquel cantar hermoso, que acaso fuera
La plegaria amorosa de los valientes
Al caer junto al asta de su bandera;

Cantar, que es una perla de tu corona;
Esa copla es aliento de raza sana,

Y Aragón se enardece cuando la entona
Porque en ella te nombra su Capitana.

Tú eres siempre española; tu altar de flores,
¡Oh Virgen de los Reyes! cual oro brilla,
Que has hecho prisionera de tus amores
Al alma noble y tierna de tu Sevilla.

Y Granada ferviente te reverencia
Porque al ver tus *angustias* contigo gime;
Montserrat te enaltece; quiere Valencia
Que la otorgues tu *amparo* que la redime.

Y en todo el patrio suelo tu nombre suena
Como flor que se mece y exhala aroma,
¡Oh Virgen castellana de la Almudena!
¡Risueña Virgencita de la Paloma!

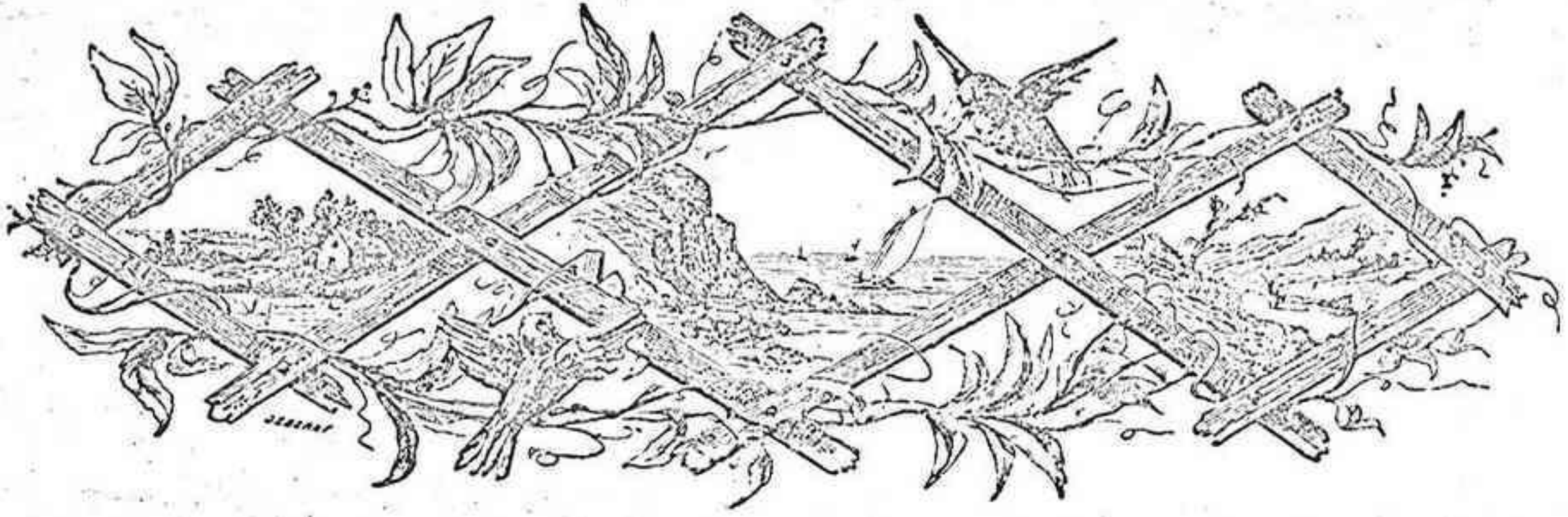
¡Siempre fuiste española! y España ha sido
El tallo tesorero de tu capullo;
¿Qué extraño es su grandeza, si fué tu nido;
Ni su beldad celeste, si fué tu arrullo?

¡Te adora España, Madre! siempre tu frente
Coronó con laureles de sus victorias;
Y ¡espera! que si en montes de tierra ardiente
Le aguarda la ventura de nuevas glorias,

Al ganar la africana cumbre altanera
Te hará para ensalzarte tu fiel España,
Un manto de oro y grana con su bandera,
Y un altar sobre el pico de la montaña.

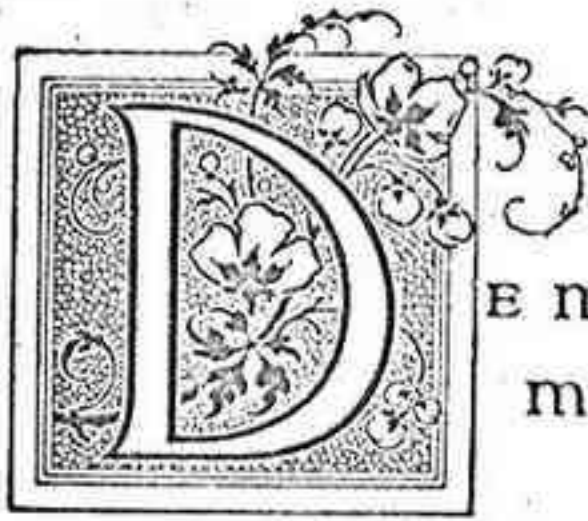
José Antonio BALBONTIN.





ZURRÓN DE POBRE

Villa-Amalia. 1912.



De muy lejos, señorial y lacónico, envían para mi pluma un delicado manojito de alentadores entusiasmos. Por lo inmerecido, tanto como por lo sincero, agradece ella el aplauso en que vienen envueltos.

De suyo es poco aficionada a ocuparse en cosas que ni le van ni le vienen, ni a meterse—torciendo su natural inclinación—en camisa de once varas. Y cuenta que para entrar en corro, ocupar un lugar, sea cual fuere, y matar el rato, ni le faltan ganas ni—a lo que yo creo—gracia y brío.

Ahora que sí; si ella tiene que andar, alegre y contenta, algún camino, aquél será, ni escabroso ni torcido, que aprendió en «El Coloquio de los perros»: «... mejor será—ladra Cipión—gastar el tiempo en contar las propias que en procurar saber las ajenas vidas».

Por lo demás, ni a mí ni a ella se nos da un comino que se discutan y hasta se rechacen por inveterados y antiartísticos (?) ciertos asuntos o motivos literarios. Seguiremos, pues, tranquilamente, y erre que erre, paseando nuestro zurrón y luego... obre Dios y vengán trabajos.

Por el entreabierto cuarterón de una ventana se cuelan medrosicos los primeros rayos de un zalamero sol abrioleño. En un rincón de la sala tiene su nido mi amigo y frente por frente cuelgo yo el mío.

Poco a poco la habitación se va clareando; y cuando él comienza a reballar *va pa rato* que yo estaba despabilado.

Los picos de los canteros—en la casa hay obra—cantan de gozo y vibran sonoros al herir las piedras.

Huyendo de la cocina llegan a nuestra habitación los toques de mando del «Señor del Castillo»—D. Rodrigo me entiende—y el ruidoso machaqueo de un mortero.

Mi amigo se chapuza, se seca, silba distraído unos compases y echando un vistazo a la ventana saluda el día y me anuncia alegre un tiempo hermoso. Limpios y dispuestos entramos en el lindo oratorio para dar gracias a Dios ofreciéndole la misa. El niño Jesús, que se alza sonriente sobre su peana luciendo su esmaltada corona, su rubia y rizada cabellera y su roja y aterciopelada capita, nos mira bondadoso y deja caer sobre nosotros una bendición.

Entre soplo y sorbo y en un periquete desaparece el chocolate que venía echando lumbre y que baja raspando la gorguera.

—¿Estamos, Ambrosio?

—Cuando ustedes quieran.

Suelta el ronzal enredado en una argolla y tomándola del diestro tira de la yegua que camina despaciosa y de mala gana y que aguanta mansurrona, a más del aparejo, unas reventonas alforjas.

Tras una indicación de mi amigo, el ariscado Ambrosio, que se resistía galante a montar, pega un salto encaramándose en el pescuezo y después de trabajosa brega se aparrana sobre la albarda.

Apeonando nosotros y él montado, tomamos el camino que debía llevarnos al monte de Barregas. Para matar el tiempo y engañar el camino hasta llegar al río, enderecé yo la charla a un punto muy a propósito.

Contaba Ambrosio que la cosa pasó un año que estuvo cogido como temporero con unos amos de Peñaranda. Estaba todavía soltero y le pesaban poco las piernas. Los mozos de su pueblo—Bóveda de Ríoalmar, una hora de Peñaranda—acordaron *echar* una comedia el día de la fiesta.

Magdalena la cautiva: ésta fué la comedia que habían de *echar* en reñida competencia con la fama de otros lugares. Tirar por la honrilla y poner bien alta la bandera; tal era el empeño y la palabra que se juraron.

Llegó el momento difícil del reparto de papeles, semillero de disgustos, altercados y descontentos; y hubo también momentos en que todo se hubiera venido abajo de no andar por medio el tino habitual y los prestigios esclarecidos del bueno del señor cura.

Se apaciguó el cotarro y se señaló la fecha en que darían comienzo los ensayos.

Ambrosio estudiaba con ahínco su papel de carcelero. Se llamaba Zoraide y era la persona de confianza del Rey Moro.

Todas las noches, ¡estupendo, señores!, cuando volvía de la arada, apazconaba el ganado y había embaulado una fuente de patatas, salía trotando hacia su pueblo y a las diez principiaba el ensayo.

Y *pa* desengrasar—nos decía—a las seis, ¡*Coinos!* ya estaba agrado a la manquera; y ni arar ni aun siquiera comer podía porque me tumbaba de sueño. De aquella memorable y no igualada hazaña guarda solícito un extraño trofeo. De un racho de corazón de encina sacó, y labró una tarde de Viernes Santo, un soberbio alfange que enjabelgó de azogue y con el cual, enarbolado a guisa de estaca, tenía que lanzar retador contra *Tarit* la siguiente terrible amenaza, cuyo ritmo, ya que no la entonación, quiero marcar:

Antes verás cómo... te atraviesa el corazón... este alfange si no haces... quede suspensa... esa atroz ejecución.



Entretenidos con el relato interesante de estas andanzas comiquiles, llegamos a la «Aceña del Canto», clavada en la orilla derecha del río.

Una derrengada presa retiene embalsada el agua que, sigilosa y mansamente, va resbalándose hasta ganar los bordes de la pesquera. Se lanza con empuje al asalto, y cabalgando espumosa sobre sus lomos, rompe alegre sus cadenas y prosigue libre su carrera.

—También el río tiene carceleros, Zoraide amigo, y fuerza las

puertas de su prisión y arranca los cerrojos mismamente que tus presos.

—*¡Coinos*, no había yo reparao en esa comparanza...!

En la orilla opuesta se ve amarrada la enorme barcaza y más allá se levanta pajiza la choza del barquero que andaba atareado preparando unas cuerdas para echarlas a las anguilas.

Le dimos una voz, y al momento, soltando las amarras y bregando con los varaes, ganó el embarcadero.

La misma operación para desandar lo andado y nos dejó en «El Puerto».

Un frondoso pinar, agitando sus penachos, destaca una compañía de garridos mozos y nos hace los honores al desembarcar. Con su clásica tiesura y apretada disciplina, sacuden majestuosos los pinos sus verdes copas y vierten generosos las fragancias exquisitas que atesoran.

Más adelante—en correcta formación, frente a la vieja tapia de una huerta—cubre la carrera un regimiento completo de añosos negrillos. A nuestro paso agitan sus brazos y suenan las músicas y cantos de los pájaros alegres que se esconden en las ramas.

Sembradas sobre el toral que forma un ribazo y empinándose sobre sus lomos asoman su cara de noble aspecto unas cuantas casonas que andan bautizadas y son conocidas con el nombre de «El Puerto». Al atravesar la pelada plazuela que forma el vasto caserío hubo un rápido cambio de decoración, saliendo a la escena imponente pareja de perros bardinós que se lanzaron furiosos sobre nosotros, dispuestos a hincarnos el diente.

—Como ves, Zoraide caro, a las veces se echa de menos tu leñoso alfange y se convence uno de la necesidad de las cadenas.

Escoltados por el par de mastines que no nos dejaron hasta dar vuelta y aun pasar los vetustos y altos paredones de un inmenso corralón, cruzamos la media ladera que nos separaba del valle.

Formando un cordón que corta el paso a las copudas encinas, se extiende todo a lo largo de la estrecha guadaña un caprichoso sendero que se brinda a llevarnos hasta el mismo «Barregas». Acordamos aceptar gustosos el ofrecimiento y fuimos entretenidos y acompañados de la alegre charla de un gracioso regato que, por lo bajo, se iba riendo entre guijarros de las espléndidas galas que lucía el prado.

—Ahora anda rozagante, nos decía parlanchín, del brazo de la pomposa y deslumbradora Primavera, que es una especie de engaña-bobos; pero luego que viene el estío escaldando cuanto toca, quie-

re que yo—¡pobre de mí!—alimente sus vicios y alargue sus días.

Dejemos correr al mequetrefe y murmurador regatuelo y entremos en el monte. Una cuadrilla de cortacinos, armados de destrales y sierras, derriban primero y trozan después las ramas secas de la encina vieja. El montaraz, que estaba a la mira de la corta, se adelanta un poco asombrado, y viene a nuestro encuentro, colgando del brazo la descomunal cayada. Avanzamos también nosotros y sin dejarlo llegar le disparamos a duo un *buenos días*. Echa mano respetuoso a la gorra y le tendemos la mano. Cambiamos unas palabras de propia presentación y nos fuimos al grano.

—Quisiéramos escoger, si V. nos los puede ceder, unos cuantos palos que nos sirvan para hacer bancos rústicos...

—*Magino* que se encontrarán y que no tendrá reparo el carbonero, a quien tenemos ajustada la corta, en deshacerse de ellos. *Máxime más*, ¿que a qué está más que a ganarlo?

Elegimos y separamos hasta una veintena.

—Vamos, vengán ustedes a casa que tomemos unas miajas de cualquier cosa.

—Gracias, Zoilo; traemos nuestra meriendilla, y queremos—éramos ya amigos—que tú nos acompañes.

Le convencimos, y a la sombra de una encina vaciamos las alforjas.

De repente notamos que el sol comienza a nublarse escondiéndose detrás de unos nubarrones que dejan caer siniestras y extrañas sombras. De la misteriosa oscuridad que acentúa su negrura, escapa un frío anormal que provoca en nosotros ligeros estremecimientos. Se palpa en el ambiente una honda e insólita tristeza que invade muda la hondonada. De vez en cuando un pajarraco nocherniego lanza un graznido.

—¿Te has fijado Zoilo el cambiazo que ha dado el día?—¿Será motivo al eclipse?

Mi amigo y yo nos miramos un poco corridos. Ni remotamente nos acordábamos. Vamos a hacerte un retrato, discreto Zoilo, que perpetúe la fecha del eclipse de sol en Abril de 1912.

De vuelta del monte con nuestra carga de palos—que hubo de parir un par de veces en el camino, y no llegó a mayores gracias a la destreza *serrana* (!) de mi amigo—nos encontramos en casa con la grata visita de una familia amiga.

A la puerta estábamos cuando acertó a pasar una zahareña gi-

tana rodeada de hijos.—¿Quiere que le eche una relación *mu* rebo-
nita?—Venga, dije; y allá va tal como la soltó:

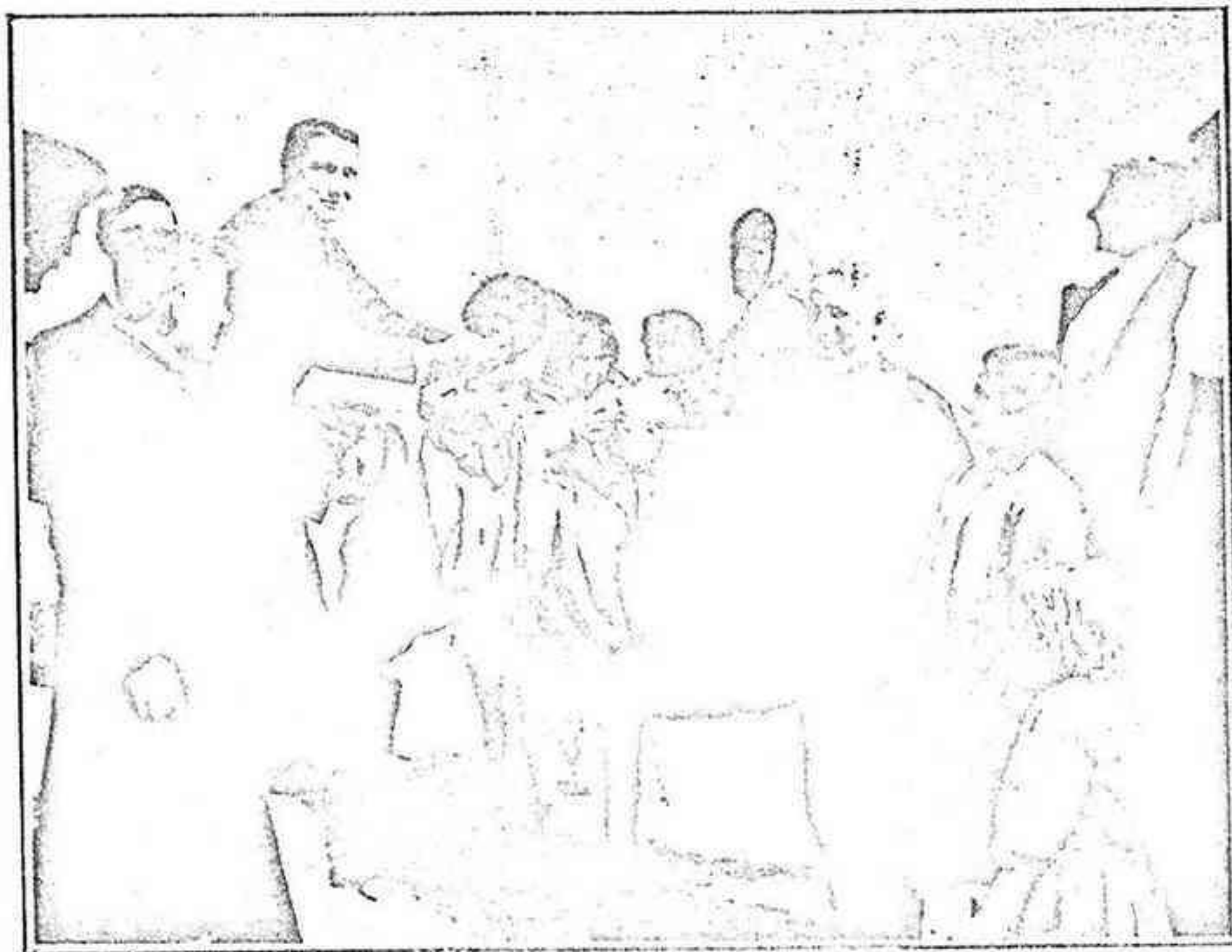
LOS NAIPES

En la baraja de naipes
considero yo en el *as*
que hay un solo Dios inmenso
y que no puede haber más.

En el *dos* yo considero
aquellas grandes bellezas

la Muerte y Pasión de Cristo
afligida y dolorosa.

En el *siete* considero
porque me sirva de guía
la Muerte y Pasión de Cristo
y Dolores de María.



que habiendo el Verbo encarnado
tuvo dos naturalezas.

En el *tres* yo considero,
y es la cosa cierta y clara,
las tres divinas personas
de la Trinidad Sagrada.

En el *cuatro* considero,
aunque lo ví desde lejos,
cosa que manda la Iglesia
mandan los cuatro Evangelios.

En el *cinco* que se sigue
también he considerado
las cinco llagas de Cristo
de pies, manos y costado.

En el *seis* yo considero
por ser carta más hermosa

En la *sota* considero
aquella infame mujer
que de la fruta vedada
a Adam le hizo comer.

En el *caballo* contemplo
el hombre, corrido y avergonzado
desnudo está por la culpa
descalzo por el pecado.

En el *rey* yo considero
que con su grande poder
siendo Rey de cielo y tierra
se humillara a padecer.

Tú que juegas a los naipes
y juegas de varios modos
en la gloria que hemos dicho
allí nos veamos todos.

¡Qué días tan llenos... tan completos... de ocupaciones tan sa-
brosas...!

PEROPULGAR.



EL CÍNGULO DE MARÍA

POEMA SACRO

III

CONSUELOS

Como fresco rocío regalado,
que, desprendido en perlas transparentes,
al tallo mustio y cáliz agostado
de las flores que encorvan ya sus frentes
les devuelve el vigor abandonado
y los frescos matices esplendentes,
y de suaves perfumes tal riqueza,
que otra vez son de Abril gala y riqueza.

Tal los acentos de la Virgen fueron
al corazón que fiel los recogiera;
las negras sombras de la duda huyeron
al rayo de verdad que las hiriera;
la paz, la dicha y el placer volvieron,
como brisa de Mayo placentera,
nuncio feliz de venturosa calma,
a acariciar del sacerdote el alma.

Ríos de amor e insólito contento
del pecho suyos desbordados saltan:
va a expresar lo que siente en tal momento
y las palabras y la voz le faltan:
tanta dicha y honor su sentimiento
y su antes quieta fantasía exaltan:
sólo después de espacio harto prolijo,
bañado en llanto su semblante, dijo:

«¿Será posible, Emperatriz del Cielo,

asombro de encumbrados Serafines,
 que os pueda contemplar sin ningún velo
 de este mísero mundo en los confines,
 á donde, en alas de amoroso anhelo,
 dejados de la Gloria los jardines,
 venís a embalsamar tan pobre estancia
 de vuestro dulce amor con la fragancia?

»¿Y el hombre yo he de ser afortunado
 que, tal dicha al lograr, después no muera?
 ¿Qué vísteis en aqueste desterrado,
 que así vuestra piedad honrarle quiera?
 De eterna gratitud arrebatado,
 ¿qué sería el estar, hasta que muera,
 postrado a vuestros pies, Madre de amores,
 cantando sin cesar vuestros loores?

»Más ¡ay! que el labio revelar ignora
 el peso de placer que el pecho oprime,
 y en su inútil afán, tan sólo llora,
 llora y suspira y se querella y gime.
 Pero vos entendéis, dulce Señora,
 este lenguaje del amor sublime;
 que en la palabra tanto amor no cabe,
 y sólo el llanto demostrarlo sabe.»—

Dijo; y la Virgen su graciosa frente
 y sus suaves pupilas hechiceras
 inclinando a su siervo dulcemente
 dirígele estas voces lisonjeras:
 «Cese tu afán: comprendo cuánto siente
 tu amante corazón, filial de veras,
 y en tu memoria eternamente guarda
 lo que en decirte ya mi labio tarda.

»Como escogido, perfumado incienso
 llegó a mi trono tu plegaria pura
 que, rica siempre de fervor intenso,
 mi pecho ha estremecido de ternura.
 Sólo mis gracias y favor dispenso
 al que obsequiarme como tú procura;
 por eso verme conseguiste en vida
 y asociarte a esta corte tan lucida.

»Y por eso también los que en Tortosa
 tuvísteis cuna y con amor contemplo,
 pura guardando vuestra fe preciosa
 y siendo de piedad insigne ejemplo:
 los que alzásteis con mano generosa
 en obsequio de mí y Jesús un templo;

por eso merecéis que aquí descienda
y de mi amor os deje rica prenda.

«Aqueste bello *Cíngulo*, tejido
por mis benditas manos virginales,
que, mi pecho al ceñir, habrá sentido
el ardor de mis ansias maternas,
yo os lo entrego: guardadlo cual subido
tesoro de carismas celestiales:
lo dejo, como observas, sobre el ara,
y al pueblo y Clero cuanto ves declara.»—

Y en tanto que María así se expresa,
de su cintura el *Cíngulo* desata:
del altar colocándolo en la mesa,
¡cómo el pecho del hijo se dilata!
Acércase gozoso, adora y besa
joya que estima más que el oro y plata;
pero al mirarla, cual jamás felice,
una duda le asalta, y así dice:

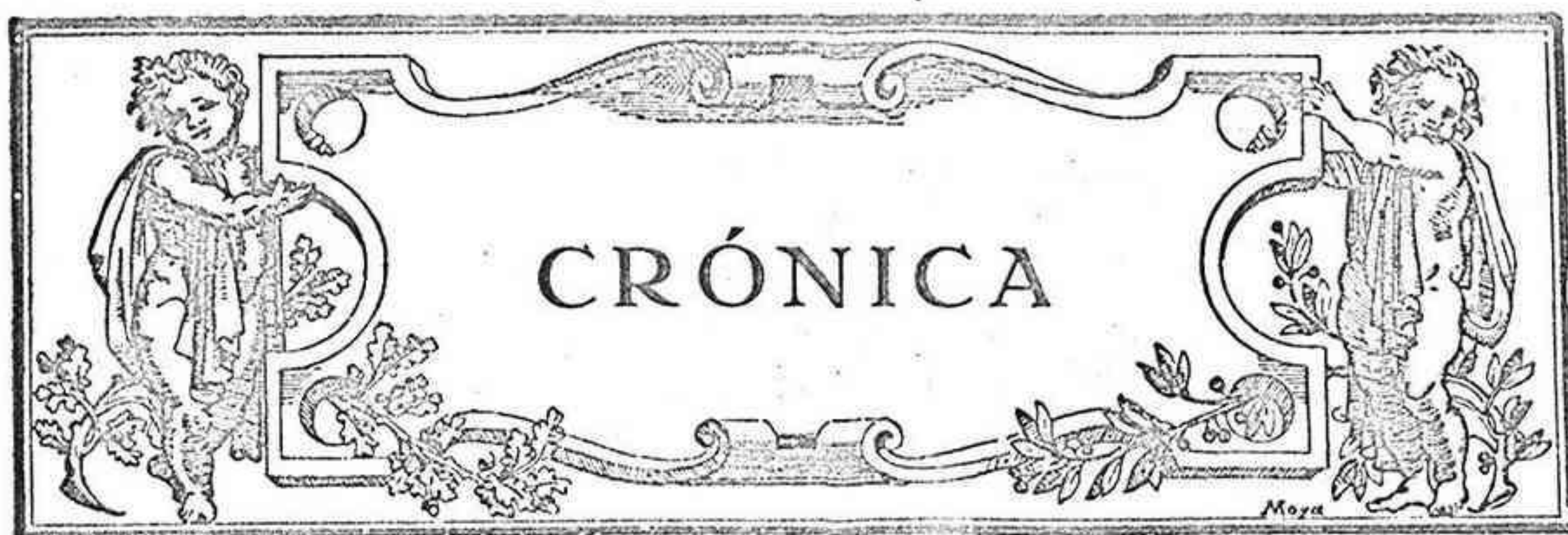
«Inmensa será, oh Madre, mi alegría
al cumplir el precepto que me impones:
antes seca veré la lengua mía
que cese de narrar tus altos dones;
mas de ello durarán....., dulce María,
creyendo que del sueño son visiones;
me pedirán acaso algún testigo,
y a ninguno descubro aquí conmigo.»—

«Hay uno, sí (la Virgen le contesta):
es el Monje mayor, que sin desdoro
sirve al templo, y en Dios la mente puesta,
todo acaba de verlo desde el coro:
ambos a dos de la visita aquesta
testigos, mostraréis este tesoro
de mi cariño a mi ciudad querida,
porque a tal dón se ostente agradecida.»—

Y al expirar el divino acento
que la miel de sus labios destilaba,
la santa aparición, merced del viento,
el sacerdote vió que se alejaba:
lejos se oía celestial contento,
divino olor el aire embalsamaba,
mientras, cual nube de oro y de topacio,
perdíase en los senos del espacio.

Juan B. ALTÉS Y ALABART.

(Continuará).



Cifras aterradoras.—*L'Aurore Medicale* publica una interesante estadística que reproducimos, como ejemplo del efecto que produce la legislación atea vigente en Francia y la obra persecutoria decretada contra la Iglesia y sus instituciones. Hay en Francia: 1.350.000 hombres solteros de más de 30 años y más elevado número de solteras. 1.804.710 familias que no tienen hijos; 2.954.830 familias que tienen un hijo; 2.661.978 familias con dos hijos; 1.643.415 con tres; 987.392 con cuatro; 566.768 con cinco; 327.341 con seis; 182.998 con siete; 94.719 con ocho; 44.728 con nueve; 20.639 con 10; 3.305 con 11; 3.508 con 12; 1.437 con 13; 554 con 14; 229 con 15; 79 con 16; 89 con 17 ó más hijos.

Son estas cifras realmente aterradoras. Dos millones setecientos mil solteros mayores de 30 años. Cerca de dos millones de familias sin hijos. Francia se despuebla. Han llegado muchos departamentos franceses a registrar mayor mortalidad que natalidad. Hermoso reclamo de la legislación francesa contraria a todo principio religioso.

Estos lamentables estragos, producidos por las prácticas del malthusianismo, se dejaban sentir hasta hace poco, casi únicamente en las clases medias y elevadas. Pero he aquí que a ciencia y paciencia del Gobierno y firmados algunos por funcionarios públicos, han aparecido en muchas esquinas de París y en los barrios obreros unos grandes carteles, impresos por el «grupo neomalthusianista», excitando al pueblo a impedir el nacimiento de los hijos, para que éstos no sean explotados por los burgueses. Los pobres, dicen, no deben tener familia. Para ello hay que recurrir a todos los medios. No es posible reproducir íntegro el texto de tan criminales y repugnantes excitaciones, pero véanse, como muestra, algunos párrafos: «Todas las personas de buena fe estarán a nuestro lado contra los burgueses, verdaderos malhechores públicos, que en realidad desean que los obreros tengan numerosa prole, primero para que les suministren materia prima para satisfacer sus apetitos sensuales, después para que les proporcionen reclutas que aumenten el ejército de los esclavos y que por la concurrencia abaraten los salarios, y por último, para procurarse soldados que defiendan sus capitales contra los enemigos de dentro y de fuera: en otros términos, para estar bien provistos de carne de placer, de carne de trabajo y de carne de cañón. Para impedirles la satisfacción de esos innobles deseos, uno de los deberes de todo proletario *consciente* ha de ser el de no dejar descendencia». Tamañas atrocidades, condenadas con igual energía por el derecho natural y por el positivo, por las leyes divinas y humanas, y hasta por el instinto de conservación social, se divulgan en Francia, no encubiertos con el velo del anónimo, sino con la firma de sus autores. Dios tenga compasión de la pobre Francia y aparte de ella plaga tan inhumana y perniciosa.

Una gran obra.—Se ha fundado en Madrid un internado para la formación de maestras católicas, análogo al fundado en los cármenes del Darro por el insigne Manjón. En dicho internado, al mismo tiempo que estudian la carrera del Magisterio, se forman en la piedad una multitud de jóvenes que, una vez terminados sus estudios, han de llevar la luz de la enseñanza católica a las escuelas primarias y aun a las de estudios superiores. Esta importante obra social es, así mismo, una institución benemérita de cultura, pues en ella se estudian los programas de las Escuelas Normales del Estado, el método pedagógico de Manjón y los métodos de enseñanza complementarios de esta obra insigne, que merece el aplauso y la decidida protección de los buenos.

— — —

La Tabacalera y las postales pornográficas.—El Consejo de Administración de la Compañía Arrendataria de Tabacos, atendiendo a excitaciones de la Liga antipornográfica, ha acordado encargar a los representantes ejerzan la conveniente vigilancia, para que no se vendan en los estancos de su demarcación las tarjetas pornográficas que desgraciadamente circulan en perjuicio de la moral y la decencia públicas.

Merece aplausos la decidida cooperación que la Compañía Arrendataria ha prestado a las excitaciones de la Liga antipornográfica, y nosotros se lo tributamos muy gustosos, esperando que tales medidas produzcan el resultado apetecido.

— — —

La Semana Social de Navarra.—La labor de preparación del gran acontecimiento social de Julio, con que Navarra inaugura las fiestas que conmemoran el séptimo centenario de la gloriosa batalla de Las Navas, está casi concluída.

Se ha terminado la lista de profesores; a los prestigiosos nombres ya conocidos hay que añadir otros dos no menos ilustres: el Padre Zugasti, de la Compañía de Jesús, el batallador propulsor de la acción social en la provincia de Santander, y el Padre Fierro, notable orador salesiano.

El Padre Zugasti disertará sobre el socialismo español, su actual posición y tendencia y significación de sus doctrinas; las lecciones del Padre Fierro versarán sobre el contrato del aprendizaje.

— — —

Por no descubrirse ante el Viático.—Leemos en nuestro estimado colega *La Región*, de Orense:

«El Juzgado de Instrucción de esta capital falló el juicio de faltas contra Hipólito Sinforiano Luengo, profesor de la escuela laica de esta ciudad, a quien se denunció por no haberse querido descubrir al paso del Viático.

Condenóle el Juzgado municipal a un día de arresto y cinco pesetas de multa, sentencia con la que no se conformó el denunciado, apelando al Juzgado de Instrucción.

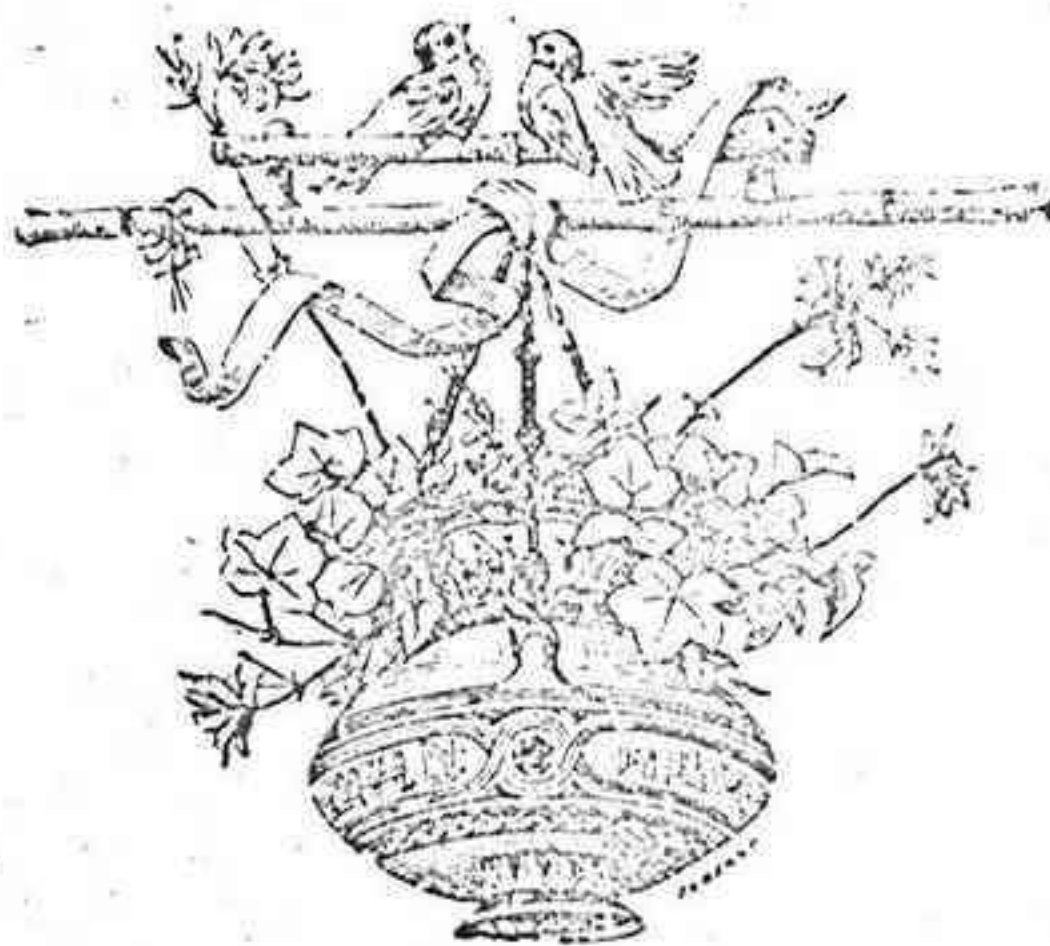
En el juicio celebrado en éste actuó de delegado fiscal el señor Sabucedo, quien pidió para el apelante cinco días de arresto y veinticinco pesetas de multa y las costas de ambas instancias, revocando así la sentencia del Juzgado municipal.

El señor Plá falló el juicio conforme a la petición del delegado fiscal.»

Sirva esto de lección a los católicos para que no toleren los alardes de la impiedad, formulando la correspondiente denuncia ante la autoridad si ven que algún procaz se niega a descubrirse al paso del Viático.

La segunda Asamblea de la Buena Prensa.—La Junta diocesana, de acuerdo con la Junta organizadora de la segunda Asamblea de la Buena Prensa, ha organizado una serie de conferencias, que se celebrarán en Barcelona y en las principales poblaciones de Cataluña, y que estarán a cargo de los elocuentes oradores siguientes: don Santiago Guallart, ilustre canónigo de Zaragoza; el Padre Dueso, mosén Pedro Dosset y el director de la Prensa Asociada, don Norberto Torcal.

La primera conferencia se verificará en el salón de actos del Colegio de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, y se dedicará a las señoras.



Donativos para las obras de la Basílica en Alba de Tormes

Pesetas Cénts.

De un devoto de Santa Teresa, por conducto del párroco de Alba
de Tormes. 25 »

SALAMANCA.—Imp. de Calatrava, a cargo de Manuel P. Criado.